

ENTRE EL SUEÑO Y LA VIGILIA: TIEMPOS Y ESPACIOS DEL CUERPO DURMIENTE

Nahuel Matías Albornoz *
nahu_doc@hotmail.com

Marianella Monzoni *
marimonzoni91@gmail.com

Resumen

Nuestro trabajo consiste en pensar y/o buscar posibles entre(s) en el (los) tiempo(s) y el (los) espacio(s) del sueño a través de un pequeño corpus de ensayos, poemas, relatos e imágenes. Realizamos algunas observaciones sobre el dormir y la noche basándonos principalmente en un ensayo de Jean-Luc Nancy, *Tumba de sueño*, y en algunos aportes de Maurice Blanchot desde su obra *El espacio literario*. Desde allí esbozamos lecturas posibles sobre algunos aspectos de ciertas obras, con la intención de que estos textos nos ayuden a responder, a preguntar, y a repensar (tal vez complejizar) la relación entre el dormir y el velar

Palabras clave

Sueño – Vigilia – Jean-Luc Nancy

Abstract

Our work consists of thinking about and/or looking for possible “between(s)” in time(s) and space(s) of dreams through a little group of essays, poems, stories and paintings. We make some observations related to the sleeping and the night mainly based on the essay of Jean-Luc Nancy, *Fall of sleep* and some ideas of Maurice Blanchot taken from his work *The space of literature*. Taking into account these materials we propose some lines of readings of some aspects of works of art in order to answer, question or rethink the relationship between the sleeping and the wakefulness.

Key Words

dreams – wakefulness – Jean-Luc Nancy

*Estudiante de Licenciatura en Letras Modernas, Fac. de Filosofía y Humanidades- UNC.

*Estudiante de Licenciatura en Letras Modernas, Fac. de Filosofía y Humanidades- UNC.

Enviado 31/10/ 2015. Evaluado 30/11/2015.

Es común oponer el sueño a la vigilia. De esta oposición deviene la pregunta por la diferencia: ¿qué es el sueño, diferente a la vigilia, a la vigilancia? Nombrar ese rasgo diferencial nos podría dar lugar a cierta aproximación estética que no se agote en el sueño como estado del inconsciente. La literatura es muchas veces filosofía del sueño. Y la filosofía del sueño no es sino literatura: pronunciar la pregunta imposible por el inaprensible onírico no es tarea sólo de la ciencia. Nos interesan las preguntas que se enmarañan imperfectivas antes del dormir, de la gran incógnita del cuerpo dormido; y estas preguntas vienen sin duda de las que creemos certezas sobre el cuerpo vigilante.

Lo primero es dejar atrás la idea de la pura oposición, binomio según el cual el sueño es vigilia porque la vigilia es sueño y viceversa, excluyéndose como si no existieran correlatos compartidos. Macedonio Fernández dice en el ensayo por antonomasia que se pregunta por el sueño y la vigilancia *No toda es vigilia la de los ojos abiertos* y afirma que “el supuesto encadenamiento causal de la llamada vigilia es una construcción ficticia que origina la contraposición que erigimos entre "ensueño y realidad"” (1928: 52).

Haciéndose eco de las posiciones de un Kant y un Schopenhauer indagándose sobre el sueño, sugiere:

¿Cuál es la respuesta? No es la de Kant: "el encadenamiento causal diferencia la realidad de la vigilia". Muy mediocre e inexacta: las escenas del ensueño son causales, espaciales, temporales. La de Schopenhauer: las diferencia la falta de causalidad del ensueño sobre la realidad y también entre ensueño y ensueño. Es deficiente porque ello no señala cuál de los dos es ensueño, y el despertar podría ser el verdadero empezar a soñar. (Fernández, 1928:52)

Rescatando ésta podemos esbozar una relación en principio que borre los límites y redimensione al sueño como una forma particular de vigilia, poniendo en cuestión la idea de vigilia como estado opuesto al sueño. Sin embargo, rescatando estas nociones podemos esbozar otra relación: el sueño como una forma particular de vigilia. Según Blanchot, la única forma de continuar la vigilancia, de perpetuar la vigilia, es durmiendo. Dormir es parte de acatar una de las primeras consignas del día (a ejecutar con posterioridad), que es la de dormir. Sólo durmiendo se es fiel a la esencia de la vigilancia, que es *el despertar*. Y esta forma de vigilia exige una postura (el reposo) y una concentración (lo cual supone lo opuesto a estar disperso y distraído). En “Primero Sueño” de Sor Juana, puesto a dormir el cuerpo, se inicia un complejo procedimiento que involucra los órganos y fluidos del cuerpo mismo (el cuerpo dormido sigue vigilante, y el alma entra en un estado de intensa actividad). La vigilia nunca cesa porque el sueño no se trata de una metamorfosis, sino de una *endomorfosis* (Nancy, 2007:14). Al dormir, dice Blanchot, “estoy enteramente concentrado en el lugar donde estoy, en ese punto que es mi posición donde el mundo, por la firmeza de mi adhesión, se localiza” (Blanchot, 2006: 236). En esto coincide con J-L. Nancy, quien afirma que al dormir, el cuerpo, la mente, la noche y el mundo no permanecen juntos ni están separados; ni siquiera están mezclados, porque son lo mismo. El dormir elimina las distinciones, se ingresa en el reino de las semejanzas. El yo dormido no puede distinguirse como un yo, ni su cuerpo ni su mente; no se distingue del mundo. El dormido no es el yo, es otro, pero otro del que no puede distinguirse, puesto que nada es

distinto en el mundo del sueño. En el espacio del sueño nada es fenomenológico, en tanto nada es sensible, ni el yo mismo, ni los objetos ni los pensamientos. El dormir disuelve la posibilidad de lo propio y la posibilidad de lo impropio. Lo único posible es lo simultáneo. Y es esto de lo que trata la endomorfosis del sueño: no es una mutación del ser, sino la formación interna de lo indefinido, una masa sin forma y sin transformación, la generación de lo desintegrado. En el sueño sólo hay ausencia, la ausencia del yo y del mundo; el yo es testigo mudo de la presencia de lo ausente, conciencia que escucha una palabra creadora que nunca es pronunciada. Al despertar, el yo sabe que ha sido testigo de eso que no puede nombrar, porque sabe que ha sido testigo pero no sabe de qué. El momento entre el soñar y el estar despierto es ese instante en donde el yo es consciente únicamente de ser consciente. Tal vez por esto, al despertar, Chuang Tzu no se decide entre hombre y mariposa.

En la vigilia, podemos pensar (como solemos hacerlo) en un mundo opuesto, el mundo del sueño. Pero la conciencia del sueño es particular:

El soñador se cree en todo momento en el mundo de la vigilia y se sabe en el del sueño, cuyas simultaneidades, composibilidades y confusiones no se le escapan, a la vez que no lo sorprenden lo suficiente como para sacarlo del sueño (Nancy, 2007, 20).

El dormir es el ingreso de la conciencia al mundo del inconsciente; es la travesía del alma en el primero sueño, que “por mirarlo todo, nada veía, / ni discernir podía”, esa conciencia que cree que sale a otra nueva región, y es a la vez consciente de que sólo lo está creyendo.

El yo cae en el sueño, pero también cae en sí, se sustrae a sí mismo para dejar de ser ese yo y volverse indistinto. El dormir exige postrarse, requiere un punto de apoyo en donde fijarnos, según Blanchot. La figura del dormir, del hundimiento en el sueño, es por excelencia la caída. Los sentidos se adormecen, la vigilancia parece disiparse, las funciones del cuerpo se reducen: todo se dirige a un estado de distensión. Se trata de la caída de las tensiones y la caída del yo; seguidas de la caída de las distinciones, cuando el yo se borra para dejar de distinguirse del mundo y deja de ser su propia frontera. Nancy ve esta caída en la figura postrada de Morfeo, Dios griego del Sueño. El pintor Francisco de Goya nos muestra la caída en la postura vencida de quien parece dormir en su pintura titulada *El sueño de la razón produce monstruos*. La caída del yo en “sí mismo”, de acuerdo con Nancy, no debe confundirse con la caída en uno mismo: caer en el sí mismo implica la caída del yo en un no yo, un no lugar, un no tiempo, en la ausencia también del sí mismo; dirá Nancy, en un *sí sin sí* (Nancy, 2007:27). El sí mismo que el alma del poema de sor Juana nunca pudo ni podría conocer.

La caída del yo y del cuerpo viene también asociada a la caída de la noche. La noche trae el sueño y el sueño engendra la noche. Si el dormir es el espacio de la indistinción, del no espacio, de lo informe y uniforme, entonces la oscuridad de la noche es su necesaria compañera. La noche pone a dormir a todos los cuerpos, es la gran postradora. Bajo su reinado, todos los cuerpos caen en un solo sueño, que es el mismo. Como indica el Primero Sueño, todo, en fin, es poseído por el sueño y ocupado por el silencio. La noche iguala y uniformiza, pero esta función no hace más que revelar su verdadera esencia: la de terminar el día para dar lugar a uno nuevo. Es un momento de silencio, un pulso vacío entre dos latidos (dos días). La noche cae para que el día termine y luego vuelva a empezar: hay aquí una cuestión rítmica que liga el sueño con la noche y a éste último con el universo.

El sueño, afirma Nancy, es ritmo y repetición. Hay un mecimiento del cuerpo al ritmo de la respiración y los pulmones; nadie entra en el sueño sin ser mecido, movimiento en consonancia con el vaivén de la noche y el día, comparable con las mareas que suben y bajan, y con todo aquel movimiento pendular del universo. El durmiente está imbuido por una cadencia; la cadencia de la ausencia, una pulsación “entre”; entre algo y nada o entre el mundo y sí mismo, afirma Nancy. El balanceo del mundo acuna al durmiente, y en esa cuna ocurre el despertar del sueño y el despertar al sueño. En el poema de Fernando Pessoa llamado *Insomnio*, la voz llama al sueño a través de la repetición; su forma es música, su sustancia evoca una caída al sueño que no acaba de completarse:

Pasan por mí, trastornadas, cosas que me sucedieron:
todas aquellas de las que me arrepiento y me culpo;
pasan por mí, trastornadas, cosas que no me sucedieron:
todas aquellas de las que me arrepiento y me culpo;
pasan por mí, trastornadas, cosas que no son nada,
y hasta de esas me arrepiento, me culpo, y no duermo.

Los intentos por dormirse son lamentos repetidos, son pulsaciones de vigilia cansada; el yo es consciente de que ni la noche ni el ritmo logran inducirlo al sueño; es una caída prolongada. Su conciencia se va gradual y conscientemente debilitando; sin embargo, cuando el yo está por caer en sí mismo, se dispersa, reafirmando su estado de no sueño (que es también un estado de no vigilia).

Soy una sensación sin la correspondiente persona,
una abstracción de autoconsciencia sin qué,
salvo lo necesario para sentir consciencia,
salvo... yo que sé salvo qué...
No duermo. No duermo. No duermo

(Arijón, 1997, 205)

El título del poema nos dice que el yo se sabe en un estado de insomnio. Sin embargo, Nancy nos habilita otra lectura posible: la del no dormir, que difiere de la categoría insomnio. Mientras que el insomnio es un extravío del propio sueño, una vigilia privada de día, el no dormir es la imposibilidad de superar el miedo a la noche. El durmiente ha superado el miedo, la obsesión, las angustias, todas las figuras que en la noche se vuelven monstruos. El que no duerme es un durmiente de pie, un sonámbulo que ha sido privado del ritmo porque el mundo ha dejado de obedecer a las pulsaciones de la noche y el día, de la naturaleza y de la historia. En el mundo del poema de Pessoa, la falta de energía de quien no puede dormir está ligada a la humanidad olvidadiza: humanidad que olvida despierta y dormida. Ya no hay noche para esa humanidad; ya no hay ritmo para mecer al durmiente, y por este motivo el yo se siente fulminado, sin energías, y aun así no duerme. Esto nos abre una pregunta en la pintura de Goya: ¿está dormida esa persona postrada? Tras ella se amontonan los monstruos de la noche, las figuras nocturnas de las que la inscripción nos advierte. ¿Ha conseguido vencer el miedo a la noche? ¿Se ha entregado al sueño, o la presencia de la monstruosidad en la noche la condenan al mismo estado que al no durmiente de Pessoa?

La oposición sueño-vigilia se diluye en cada relato, en cada poema, si consideramos las perspectivas de Nancy y de Blanchot. El sueño es vigilia y la vigilia es sueño; ambas son partes de un ritmo universal, son la esencia del ciclo sin origen. Los momentos entre la vigilia y el sueño son confusos por su misma indefinición; y las palabras que han de nombrarlos están buscando llenar la ausencia que ya no es ausencia cuando se la interroga. Y si el dormir es vigilia, ¿qué los sigue diferenciando? La imposibilidad de nombrar el sueño, de interrogarlo, tal vez. Por supuesto, siempre y cuando consideremos que la vigilia es ese sueño en donde podemos hacernos preguntas; donde intentamos mecernos con palabras y, donde, al fin, estamos ilusamente a salvo de la noche.

Bibliografía

- Arijón, T., Carrera A. (1997) *El libro de las criaturas que duermen a nuestro lado*. El Ateneo, 1era Ed., Buenos Aires.
- Blanchot, Maurice (2002) *El espacio literario*. Editorial Nacional, Madrid, España.
- Fernández, Macedonio (2007) *No toda es vigilia la de los ojos abiertos*, Ediciones Corregidor, Buenos Aires.
- Nancy, Jean-Luc (2007) *Tumba de sueño*. Amorrortu/ editores, Buenos Aires, Argentina.

Notas

¹ Nos referimos a un fragmento del relato titulado “Sueño de la mariposa” de Chuang Tzu.

² Sor Juana Inés de la Cruz, “El sueño”.